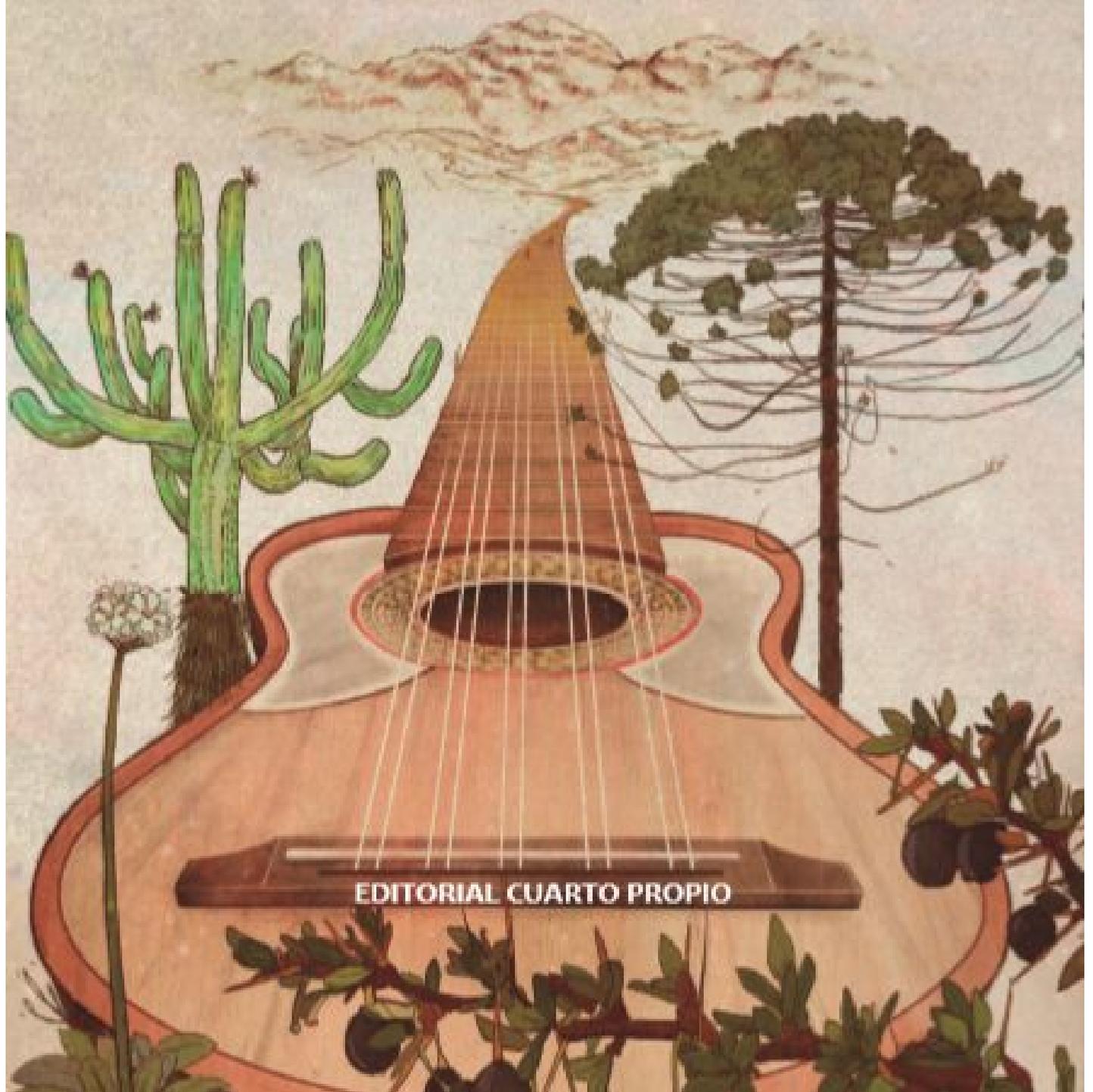


MARCELO CORNEJO-PURÁN

CITANDINO

LAS RUTAS DEL CHARANGO
EN CHILE



EDITORIAL CUARTO PROPIO

Ítalo Pedrotti

Playlist: Otoñal - Vuelo de pájaros - Camino viejo -
Dos lunas - Cavuriadas

Los primeros encuentros

Mi primer encuentro con el charango fue cuando yo tenía cerca de 10 años de edad. Un amigo llegó con un armadillo con pelos y uñas que servía de caja de resonancia de lo que parecía ser una pequeña guitarra, supe que se trataba de un instrumento llamado charango y, como estaba interesado en la guitarra, comencé a explorarlo sin tener ninguna referencia. Al poco tiempo ya estaba tocándolo en un improvisado grupo “andino” al que me invitaron los jóvenes de la iglesia evangélica que mi padre pastoreaba, sin embargo la guitarra y la batería me interesaron más y dejé el charango por un tiempo.

Recuerdo que a los 15 años de edad (el año 1981), en la playa El Quisco, el grupo Los Jaivas (que andaba de gira por el litoral central) ofreció un magnífico concierto al aire libre que me marcó profunda y definitivamente. Los músicos estaban totalmente conectados con su música y con el público. Todavía recuerdo a Gabriel Parra tomando pisco en la trutruca y convidándole a los asistentes de la primera fila. Tocaron clásicos de su repertorio y temas del disco “Alturas de Machu-Picchu”. Los sonidos andinos volvieron a aparecer en mi vida, y con ellos el charango, desde la particular visión de Los Jaivas, quienes con su propuesta encajaban perfectamente con mis preferencias musicales y mi afición por entonces con el rock progresivo. Volví entonces a tomar el charango y cada vez que en mi casa escuchaba al grupo, sacaba el charango y tocaba sobre la música que sonaba.

El momento en que decidí adentrarme por los caminos del charango, y de alguna manera convertirme en charanguista, se produjo mientras estudiaba la carrera de arquitectura en la Universidad de Chile. Ahí conocí a Carlos Boltes, un compañero de curso que tocaba el charango de manera sorprendente y gracias a quien entendí que el charango no se tocaba como guitarra, sino que tenía una técnica y un lenguaje propio. Recuerdo a Carlos tocando “Subida”, “Campanitas” y “Mis Llamitas” de Ernesto Cavour, “Ventolera” de Quilapayún, “Vuelo de Parinas” de César Palacios y “El mercado de Testaccio” de los Inti Illimani.

Todos estos artistas eran desconocidos para mí y encontrarlos fue como descubrir un universo maravilloso. Con Carlos pasábamos horas conversando y tocando juntos, yo guitarra o bongós y él charango. Ese año Carlos y yo dejamos la facultad y cada uno emprendió un camino más cercano a la música. Yo entré a estudiar Tecnología del Sonido en la Universidad de Chile mientras que Carlos ingresó al grupo Barroco Andino, comenzando con sus estudios de contrabajo en la Universidad Católica. Ese mismo año llegó un tío de EEUU con un prometedor obsequio: un computador Atari que para usarlo implicaba conocer lenguaje “basic”. Recuerdo perfectamente su pantalla digital y los números en color rojo. Se trataba de un sofisticado aparato de última generación que sin dudas me iba a servir mucho para mis estudios tecnológicos, sin embargo no dudé en venderlo para comprarme mi primer charango. Se trataba de un charango del fabricante boliviano Juan Achá que me seducía cada vez que pasaba frente a la vitrina de “La Casa López” en la calle San Diego del centro de Santiago.

Formación

Ya en la Facultad de Artes de la Universidad de Chile sentí que había encontrado mi lugar. Mis compañeros, todos artistas, hacían que mis convicciones musicales e ideológicas se reafirmaran cada vez más. Eran los años de la dictadura militar (1987) y la música ya no eran sólo sonidos, sino que representaba un compromiso con la causa de los derechos humanos y la definición de una identidad latinoamericanista. El charango entonces jugaba un rol fundamental para mi desarrollo como persona. Teníamos un grupo con mis dos grandes amigos de facultad: el cantautor Ricardo Aguilera “Chepa” y Francisco “Patrón” Alfaro, ambos grandes intérpretes de los instrumentos y la música andina. También formaba dúo con el guitarrista y compañero de carrera Héctor Herrera.

Respecto a mi formación como charanguista, debo mencionar también a Rolando Pérez, que por aquellos años era charanguista del grupo Arak-Pacha y que fue quien me enseñó varios trucos para rasguear mejor y hacer los repiques. Sin

embargo, al igual que muchos músicos, hay que reconocer que la audición de música y la práctica constante son la principal vía de aprendizaje. En aquellos años, con suerte se podía uno conseguir videos de los grupos chilenos en el exilio. Recuerdo haber ido varias veces a un lugar del barrio Bellavista en Santiago llamado “La Casa de Constitución”. Allí funcionaba un cine clandestino con no más de 50 butacas donde pasaban videos de las más variadas tendencias musicales. En aquel lugar, siempre repleto, vi por primera vez cantar a Violeta Parra, Víctor Jara, Quilapayún, Los Inti Illimani, Illapu, Pink Floyd, Deep Purple, Led Zeppelin, etc. Debo reconocer que esa también fue una escuela de aprendizaje, ya que me fijaba en cada detalle de las manos de los charanguistas Roberto Márquez y de Horacio Durán.

Rodrigo Torres, profesor de la Facultad de Artes y musicólogo, fue una persona clave en lo que se refiere a mi posterior vínculo con importantes músicos, fue él quien, en el año 1991, me recomendó ante el maestro y compositor Celso Garrido-Lecca para que interpretase su obra “*Dúo Concertante para Charango y Guitarra*”. Esa obra para mí fue fundamental, ya que tuve acceso a un universo composicional nuevo y fascinante, con la guía del mismo maestro, pudiendo también conectar el charango con la escritura musical de manera muy profunda. En aquella oportunidad tomé la decisión de abandonar mi práctica profesional en Televisión Nacional de Chile para poder dedicar el tiempo que necesitaba para estudiar el dúo concertante, por tal razón me retiré a las montañas y estuve algunos meses en Baños Morales, un villorrio a los pies del volcán San José de Maipo donde mi abuelo había construido una modesta cabaña que frecuentaba desde la infancia junto a mi familia cada verano. El estreno del dúo se realizó en la Biblioteca Nacional junto a Mauricio Valdebenito en guitarra, con quien además realizamos varios conciertos a dúo posteriores a aquel estreno.

Horacio Durán, el emblemático charanguista del grupo Inti-Illimani (recién llegado del exilio) y amigo de Celso, seguía muy de cerca el proceso de montaje de la obra. Posterior al estreno le propuse a Horacio diseñar un método para el aprendizaje del charango, idea que apoyó inmediatamente y

que derivó en un intenso y apasionante trabajo creativo que se prolongó por cerca de ocho años, tiempo en el que realizamos conciertos como dúo y afianzamos importantes lazos de amistad. Durante estos años de trabajo junto a Horacio, (entre 1993 y 2001), sucedieron hechos importantes para el charango y para mi desarrollo como músico. Si bien yo había conocido a Freddy Torrealba a comienzos de los años noventa, fue en este período donde entablamos amistad y comenzamos a realizar proyectos junto a Horacio, me refiero particularmente a aquellos conciertos bautizados como “La Gran Noche del Charango”, realizados en primera instancia para convocar a otros charanguistas chilenos que quisieran sumarse para participar del “Primer Encuentro Internacional del Charango” que tuvo lugar en la ciudad de La Paz en octubre de 1997. A aquel encuentro fuimos cerca de diez músicos, entre los cuales estaban Horacio Durán, Freddy Torrealba, Carlos Cabezas, Elizabeth Morris, que me acompañó en guitarra en varios temas, y el guitarronero Manuel Sánchez, que se interesó en acompañarnos para compartir su arte con los charanguistas bolivianos. El año 1999 volvimos a asistir Horacio, Freddy y yo, ahora a la ciudad de Potosí pero junto a otros músicos chilenos. Ambos encuentros sirvieron muchísimo para conocer el desarrollo del charango en nuestros países vecinos y en otros lugares más alejados. Mientras tanto en Chile seguimos realizando conciertos en Santiago y en provincias con “La Gran Noche del Charango”, que tuvo con el correr del tiempo una consecuencia muy lógica: realizar una grabación con el repertorio que tocábamos en este período. Surge así entonces la producción discográfica “*Charango Autores Chilenos*”.

Proyectos musicales

También en este período, es decir en el año 1997, hicimos realidad una intención que veníamos imaginando junto a Juan Antonio “Chicoria” Sánchez y Rodrigo “Peje” Durán. Se trataba de formar una agrupación en la que pudiésemos componer música instrumental a modo de taller creativo y con un espíritu cooperativo basado en la música de

Latinoamérica. Ya habíamos tocado antes juntos porque me habían invitado a grabar unos charangos para su disco con el grupo Terranova. En marzo de 1997 surge entonces Entrama, conformado por Chicoria, Peje, Pedro Melo, Carlos Basilio, Pedro Suau, Manuel Meriño y yo. Entrama se transformó así en un referente importante dentro de aquel género que definimos entonces como “fusión acústica latinoamericana”.

El año 2001 se edita el *Método para Charango*, el disco “*Charango Autores Chilenos*” y el segundo disco de Entrama titulado “*Centro*”. Posterior a eso sigo colaborando con mi charango en grabaciones de diversos artistas y proyectos musicales variados, entre los que destaco el disco de música electrónica “*Andxpress*” liderado por el francés Jean Luc Vivien y el ex UPA Sebastián Piga. Mi última participación con Entrama fue en el disco “*Simbólico*” editado en 2005 y que consistió en arreglos para orquesta sinfónica y grupo. Ese mismo año comienzo a tocar con músicos muy afines en lo referente a búsquedas sonoras, es entonces cuando desarrollo el proyecto “*Charanku*” junto a Patricio Lisboa, Marcelo Arenas, Carlos Vera, Juan Cristóbal Maza y Marcello Martínez, que luego fue reemplazado por Felipe Conejero. Esta agrupación de tres charangos, guitarra eléctrica, bajo y batería concretaba una idea que yo venía gestando hacía tiempo y que tenía que ver con generar un proyecto donde el charango fuese un elemento protagonista, con su sonido y lenguaje que le es propio, pero en el contexto del rock progresivo instrumental y con ciertos elementos del jazz fusión. Finalmente este proyecto se concreta el año 2007 cuando se edita el disco “*Charanku / Charango Progresivo*”, que cuenta con la inclusión de Ítalo Aguilera, José Luis Delpiano y Diego Salazar.

Cosmovisión andina

Respecto a mi vínculo personal con el charango, luego de haber visitado Bolivia y Perú en repetidas oportunidades, decidí que tenía que adentrarme en las raíces profundas de la historia y del sonido del instrumento, sobre todo porque estaba bastante confundido entre tanta diversidad de manifestaciones musicales en las que encontraba al charango

dentro del área andina. Escuchaba el charango de Ernesto Cavour y encontraba que era muy distinto al charango que escuchaba en las zonas rurales en manos de los campesinos tarabuqueños, que a su vez tocaban el charango de manera muy distinta a los cultores de la región de Ayacucho en Perú, que a su vez se diferenciaban notoriamente de cómo tocaban el charango k'alampeador los norte potosinos, o del estilo cultivado en el altiplano puneño con el charango chillador. Fue entonces que en el año 2004 ingresé al programa de Magister en Musicología de la Universidad de Chile para poder tener las herramientas necesarias y lograr sistematizar una investigación que me permitiera clarificar el panorama del charango y sus diversos estilos interpretativos. Fue así que durante nueve años estuve recorriendo distintos lugares de la región andina, particularmente Bolivia, logrando maravillarme con la riqueza de diversas músicas y experiencias reveladoras. Entendí que el instrumento que había estado tocando durante años pertenecía a una tradición ancestral, que era parte de un entorno muy coherente a las personas que habitaban y vivían la cultura andina de manera cotidiana. Entendí también que en Chile, el charango había desarrollado una de sus tantas personalidades, marcada precisamente por esa condición urbana, alejado de la ancestralidad y más cercano a conceptos de la cultura occidental contemporánea, como podría ser el concepto de escenario, concertista, compositor, artista, obra, producción discográfica, industria musical, etc.

El charango en su entorno de origen es mucho más integral, en el sentido de formar parte del cotidiano colectivo. Cualquier campesino aymara puede tocar el charango, no hay que ser un músico especialmente preparado para interpretarlo. Es otra la idea del tocar el charango o de relacionarse con la música en general para las comunidades andinas. El charango rural puede ser algo muy completo y complejo. Los charanguistas en Norte potosí, por ejemplo, usan muchas afinaciones en sus charangos y cantan melodías que se interpretan de acuerdo a cada una de las numerosas fiestas que existen. Claramente no es sólo música lo que ahí ocurre, es agricultura, es cosmovisión, es convicción, es cortejo, es un todo unido expresado como una manifestación

cultural cotidiana que es parte de la comida, del bailar, de lo mágicamente vivo.

Traer eso acá a Chile no tendría mayor sentido porque sería importar algo que se escapa de nuestros cánones, por lo mismo es que nosotros tocamos un charango mestizo, urbano, de concierto, en donde la gente va a escuchar. Allá la gente no va solo a escuchar, es una historia muy distinta, mucho más integral. Allá la música también es baile, y eso es algo que nos hace falta a nosotros que hacemos una música solo para escuchar. El charanguista en esos espacios se transforma incluso en una especie reproductor musical viviente, de generador de encuentros, un ente primordial para que sucedan muchas cosas dentro de la comunidad en general.

Río en continuo movimiento

El charango en Chile hoy está muy presente, expresándose en conciertos, charlas, encuentros, discos de solistas, agrupaciones y producciones colectivas. En más de una oportunidad me han dicho, en relación a “Charango Autores Chilenos”, que soy una especie de ente aglutinador del mundo charanguístico en Chile. Yo digo que esta suerte de comunidad en torno al charango se ha dado de un modo muy espontáneo, no ha sido premeditado. Me tocó ser la persona, en el momento y lugar adecuado, que tenía los conocimientos técnicos para realizar grabaciones y que estaba conectado con gran parte de los intérpretes del instrumento. Este hecho me permitió entonces reunir a un grupo importante de músicos que posibilitaron armar los discos “Charango Autores Chilenos”, tanto en su versión 2001 como la actual versión o volumen II editado este año. Al respecto, siempre he sentido el apoyo de los músicos con los que he trabajado, quienes han depositado su confianza en una idea que llegó de modo muy natural y de la que se sienten parte importante. Precisamente desde esa naturalidad es desde donde se conforma mi historia de vida con el instrumento. El charango fue apareciendo en mi vida hasta que sin darme cuenta me cautivó definitivamente. Si miro hacia atrás, mis relaciones humanas, proyectos, viajes, trabajo, amores, desamores, amistades e historias, se han

realizado gracias a la música y al charango. Todo esto se ha ido trazando desde una espontaneidad hermosa, dejándome llevar por un río en continuo movimiento. Creo que esto es lo que le sucede a todos los músicos que encuentran en su instrumento una vía o canal de expresión. En algún momento de la vida las personas se aferran a algo, ya sea un ideal político, opción religiosa, la familia, el amor de pareja, los hijos, la amistad, el dinero, el trabajo, etc. Yo siento que el charango ha sido una opción importante a la hora de buscar un sustento vital, me ha salvado de naufragar en muchas ocasiones, me he ido aferrando a él, dejando que me muestre sus caminos. Hoy me doy cuenta que esos caminos, aunque a veces son difíciles, me han conducido siempre a parajes hermosos y reveladores.